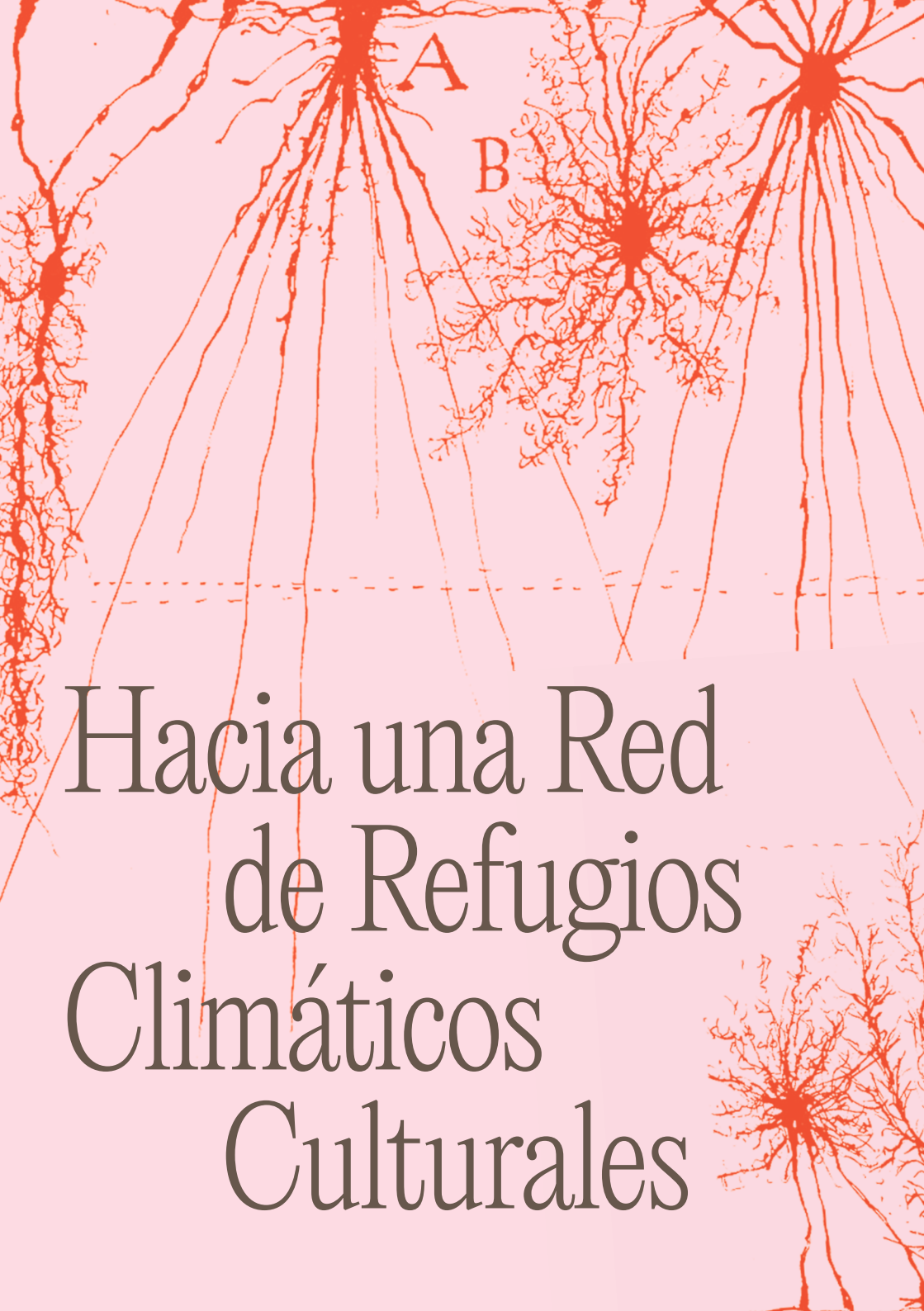




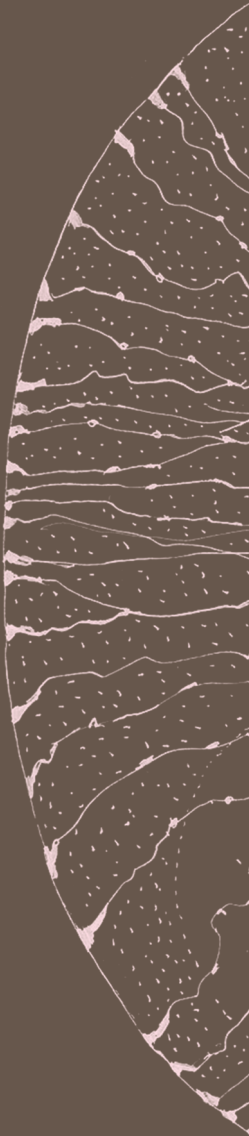
A

B

Hacia una Red de Refugios Climáticos Culturales

La red de refugios climáticos culturales no existe.
No todavía.

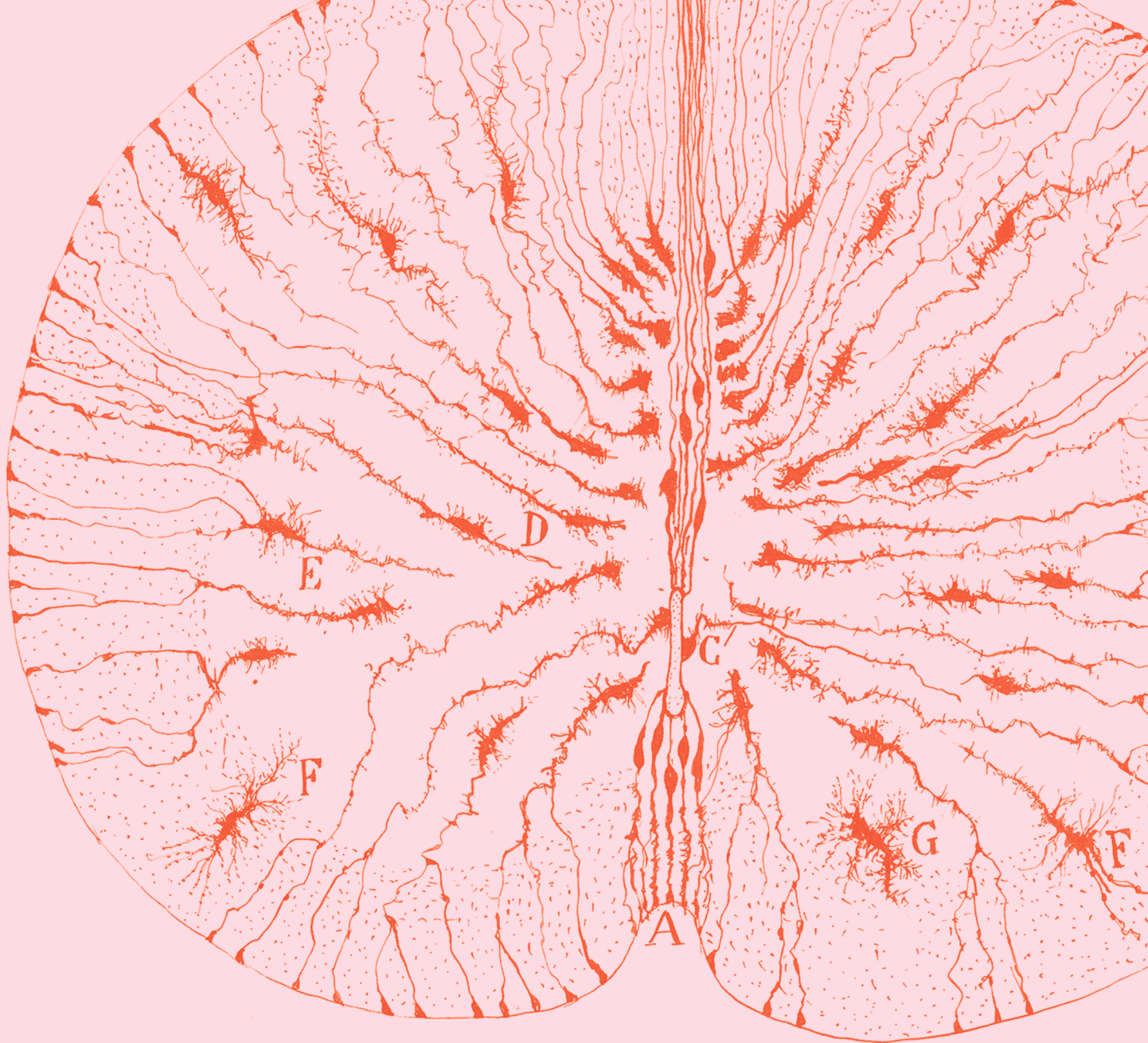
Lo que tienes entre manos es un breve resumen de unas jornadas de trabajo que se produjeron con más interés que intenciones claras, con más inquietudes que conclusiones pero que, tras un largo y productivo diálogo, se decantaron en un puñado de pistas que nos pueden ayudar a seguir avanzando.



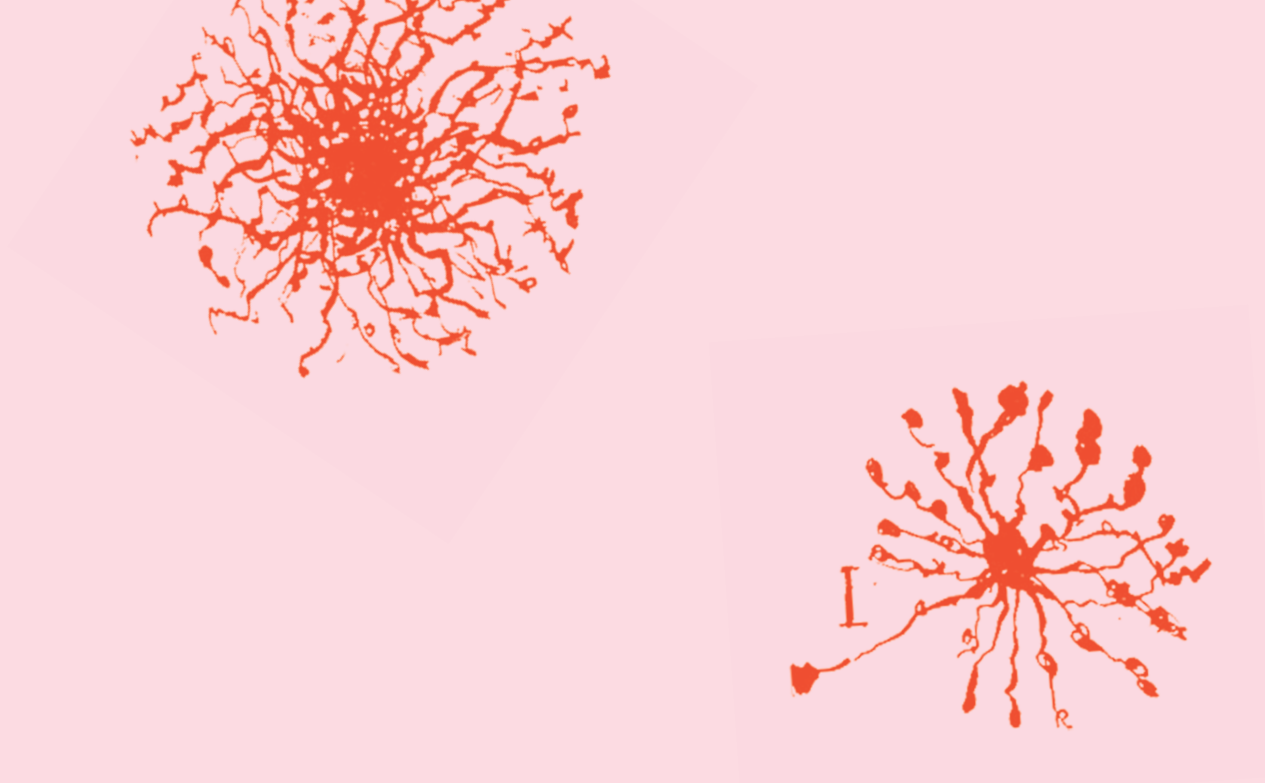
Las jornadas de trabajo

Durante los días 25 y 26 de mayo de 2026, más de treinta instituciones y agentes culturales de todo el territorio participaron en unas jornadas de trabajo celebradas en el Círculo de Bellas Artes.

Surgidas a partir de la experiencia del Refugio Climático del Círculo y del interés que esta iniciativa ha despertado en distintas entidades y agentes culturales, su objetivo era plantear la posibilidad de constituir una red de refugios climáticos que reúna a quienes ya llevan tiempo trabajando en esta línea con quienes todavía no han comenzado, pero tienen interés.



Un mundo en llamas



El calor es hoy una amenaza social de primera categoría. Debido a la crisis climática, el verano es cada vez más largo e intenso. Sus consecuencias son cada vez más graves y sus riesgos no se distribuyen de forma justa.

El frescor se ha privatizado y subordinado al consumo. En este escenario, diferentes instituciones culturales del país tomaron la iniciativa para ofrecer espacios abiertos y gratuitos que sirvieran de refugios climáticos, zonas para resguardarse durante los peores meses del calor.

Tras el éxito de diferentes refugios climáticos culturales, surgidos de forma aislada, muchas otras instituciones y agentes culturales demostraron interés en reproducir el modelo en sus ciudades. Al igual que todas aquellas que ya los habían puesto en marcha, buscaban intercambiar experiencias para aprender y mejorar. La idea de impulsar una red de refugios culturales nació del reconocimiento de una inquietud compartida por todas ellas.

Más allá del refugio climático

Los refugios climáticos culturales nacieron con una tensión de fondo entre la urgencia de actuar y la necesidad de entender cómo hacerlo de forma efectiva, honesta y justa. Un refugio climático cultural debe huir, en primer lugar, del ecopostureo: la apropiación indebida del discurso propio de la lucha ecologista por motivos interesados.

Nuestros refugios no pueden ser una mera medida paliativa: entre la adaptación, que se nos queda corta, y la mitigación, que se nos queda grande, hay quizá un campo intermedio que sí podemos explorar desde el ámbito de la cultura. Aunque el refugio climático es un espacio de bienestar, debe plantearse también desde un lugar desafiante o disruptivo, con el objetivo final de fomentar un cambio en las mentalidades y los imaginarios, en las formas de relacionarnos, en las aspiraciones personales y sociales y en las políticas concretas.

Tal vez el refugio climático pueda prefigurar una forma distinta de concebir el espacio y las maneras de estar juntas que se enfrente a la homogeneidad del consumo y la privatización y, quizá en primer lugar, a la propia historia de la institución cultural y del museo como espacio marcado por la exclusión y las jerarquías.

“Todo dispositivo social, también los culturales, produce una determinada subjetividad. Puede escribirse una historia del arte no basada en formas, sino en matrices constructivas de modos de subjetivación. Es fundamental preguntarnos qué tipo de subjetividad producen nuestros refugios, es decir, si además de proteger, prefiguran o no otras formas de habitar el mundo”

Marcelo Expósito



El refugio debe escapar de la idea individualizada y defensiva del búnker. Debe ser capaz de abrirse a todo lo que hay afuera, de contribuir a la reconstrucción de esferas públicas y comunidades no identitarias. Deben ser espacios que no solo nos protejan de las consecuencias de la crisis, sino del miedo y del pesimismo que paralizan. Lugares que sean fuente de confort y de esperanza a partes iguales. Palacios del pueblo que se inscriban en la filosofía del lujo común, atacando frontalmente la falsa dicotomía entre colapso y derroche.

¿Pueden los refugios climáticos contribuir a expandir esa grieta que se abre entre el discurso ecologista del colapso y la escasez y la ceguera fosilista del crecimiento infinito o la huida a Marte?

“Frente a las formas, digamos, franciscanas del ecologismo, debemos recuperar el atrevimiento de un cierto aceleracionismo, pero sin sus ciegas huidas hacia delante, abrazando los límites biogeofísicos y aprovechando los enormes potenciales libidinales y estéticos de la ecología; proponer nuevos imaginarios que seduzcan, en la estela de las corrientes más prometeicas de transformación social que durante años fueron patrimonio del pensamiento progresista”

Gemma Barricarte

El ethos del refugio climático no debe ser sentencioso ni solemne, no debe aleccionar ni meter miedo, sino movilizar desde el juego, las artes y el ocio. La cultura es precisamente la herramienta que puede abrir nuevos imaginarios, dinamitando la perversa contraposición entre el goce y el respeto por los límites planetarios.

“Si nos tomamos en serio la idea de que la creación cultural tiene el poder de instaurar nuevos deseos e imaginarios, quizá nuestra principal responsabilidad consista en promover una economía libidinal de bajo impacto ecológico”

Y, con todo ello, los refugios climáticos deben materializar sus intenciones en respuesta a las condiciones concretas del lugar en el que nacen. Porque cada refugio, cada barrio, cada pueblo tiene un entorno cuyo tejido debe reconocer, unas poblaciones cuyos deseos, intereses y necesidades debe atender. Y cada refugio surge en el seno de un entorno institucional cuyos límites y expectativas debe contribuir a empujar, cada uno en la medida de sus fuerzas y capacidades. Es por tanto un dispositivo doble, que debe responder, resistir y paliar, a la vez que propone, transforma y rompe con lo previamente imaginado. Y todo ello hacia afuera pero también hacia dentro.

“¿Puede el refugio ser algo más que un nicho dentro de la institución? ¿Puede expandirse y convertir toda la institución en refugio?”

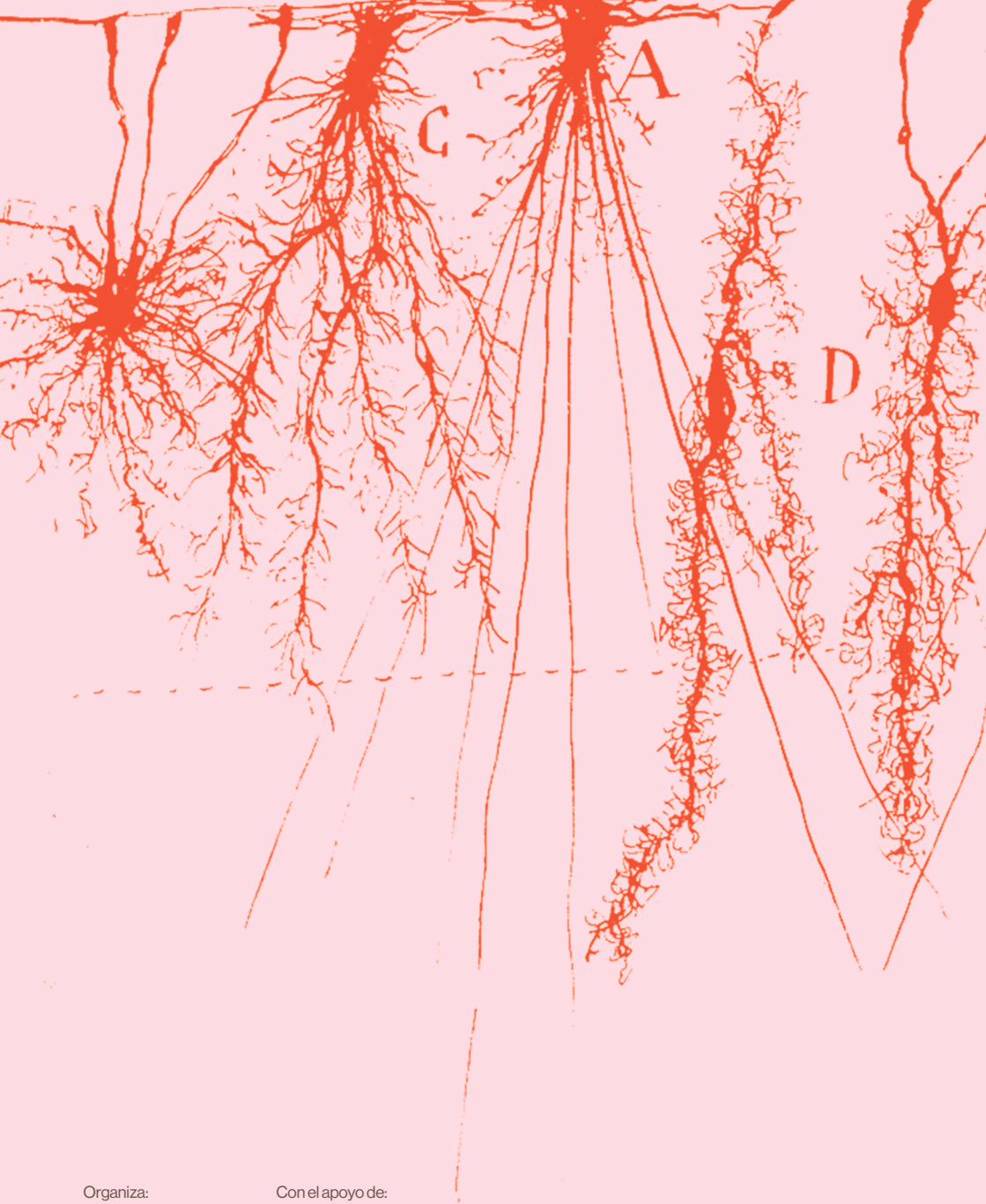
¿Y la red?

Una red puede ser muchas cosas.

En primer lugar, un método de intercambio de experiencias y buenas prácticas. Una forma de aprendizaje colectivo. Un instrumento para potenciar y multiplicar las herramientas que seamos capaces de fabricar para estas metas comunes que nos damos. Una malla de seguridad para que las piezas que lo componen sean más fuertes en un futuro incierto. Un altavoz para amplificar el mensaje y las fuerzas de la cultura en la lucha contra la crisis climática. Un espacio de contraste para ayudarnos mutuamente a no perder el foco. Un instrumento de reequilibrio entre instituciones grandes y pequeñas, centrales y periféricas, urbanas y rurales. Debe congeniar ambición y humildad, valentía y rigor, porosidad y solidez...

No queremos adherirnos a un conjunto de generalidades ni crear una red difusa, pero tampoco queremos definiciones cerradas de lo que es un refugio climático cultural ni de cómo debe ser una red que los reúna. En esta ambigüedad nos movemos. No hay certezas, pero sí ganas y confianza suficiente para intentarlo.





Organiza:



Con el apoyo de:

